

LA ÚLTIMA GOTA DE SANGRE.



(LEYENDA.)

El soldado Longinos bajaba pensativo por la cuesta del Calvario, el Viérnes Santo al anochecer. Apoyada en el hombro llevaba la lanza con que había abierto el costado de Cristo.

Una gota de sangre había quedado en la punta, tibia aún, roja, é iba á caer sobre el polvo del camino.

Dios la deparó un cáliz.

A la orilla del sendero brotó de pronto un tallo, sobre el tallo formóse un capullo, y el capullo se abrió: era una azucena blanca como los mantos de los ángeles.

La gota de sangre cayó en la corola, y ésta volvió á cerrarse.

Longinos no había advertido el prodigio y había seguido su camino.

Pero uno de los arcángeles que rodeaban el Calvario, se había separado de las celestiales huestes, y había seguido al soldado. Proster-nóse y cogió la flor.

En seguida echó á volar, y apénas entró en el cielo, plantó la bella azucena en el jardin de los ángeles.

Cada primavera brotaba un nuevo tallo, pero el capullo no se abría. Cuatro ó cinco veces, no obstante, á través de los siglos, estuvieron á punto de abrirse los pétalos de la azucena, y aún dejaron transpirar un perfume suave, suave.... Era cuando en el mundo había almas enamoradas del Sagrado Corazon...

El arcángel prosternado esperaba entónces que la hermosa azucena iba á abrirse, pero permanecía más y más cerrada.

—¡Señor!—decía,—haced florecer la azucena del jardin de los ángeles.

El Señor mandó al capullo que se abriese, y un aroma embriagador inundó el paraíso; luego se inclinó la corola y la gota de sangre cayó! La gota atravesó todas las esferas celestes; las estrellas que la veían caer lanzaban todos sus rayos, y la gota de sangre aparecía roja como púrpura y con cien mil bellísimos cambiantes.

Cayó, cayó en un rinconcito del mundo, donde oraba en una humilde iglesia una niña postrada con las rodillas desnudas en tierra.

Era entre las dos elevaciones de la misa; y la niña decía unas palabras que repetía con delicia sin que atinara á comprenderlas.

«¡Oh Dios mio! os consagro mi pureza y os hago voto de perpétua castidad!»

Cuando se incorporó despues de la segunda elevacion, vió una gota de sangre brillante como el fuego, que caía sobre ella: la recogió en sus manecitas, la llevó á sus labios, y como las flores beben el rocío, así bebió ella la gota de sangre.

Desde entónces ardió su corazon siempre en su pecho.

La niña era Margarita María Alacoque, y la iglesia la del castillo de Terreau en Borgoña.

La devocion al Sagrado Corazon acababa de ser sembrada en el mundo con la última gota de la sangre preciosísima del Corazon de Cristo atravesado en el Calvario.

Desde entónces, la sangre de Jesucristo bebida en la sagrada Mesa enciende en los pechos generosos la devocion al Corazon Sagrado.

(De *La Hormiga de oro.*)

